

# Pantallas

**Dexter y sus precedentes.** Los 'serial killers' de ficción han pasado en tiempo récord de la alarma social al público masivo. Interesa su estilo. En 'M' de Fritz Lang, en cambio, el asesino ejerce de espejo social

## Asesinos en serie de máxima audiencia

**RAÚL MINCHINELA**

Está ahí, como invisible. En la cabecera de la serie *Dexter*, los cordones de los zapatos sugieren cuerdas para estrangulamiento; enfundarse una camiseta evoca una cara al borde de la asfixia. Antes, preparar un desayuno incluye hacer incisiones en la carne de un filete, destripar un huevo, triturar granos de

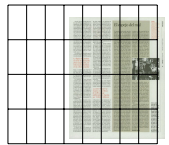
café, serrar sin compasión un pomelo que rezuma rojo brillante. Antes todavía, el día comienza cuando un mosquito, en su búsqueda de sangre, despierta a la bestia. Someter, matar, cortar, triturar, están presentes desde primera hora. Al que sólo tiene un martillo, todo le parecen clavos.

La cabecera nos presenta a Dex-

ter Morgan, un asesino en serie que trabaja en la policía de Miami como técnico en salpicaduras de sangre. Un reconstructor de hechos que tiene dentro un *oscuro pasajero* que le obliga a matar con regularidad. El padre adoptivo de Dexter, también policía, descubrió su inclinación cuando de niño se puso a asesinar mascotas del vecin-

dario. En lugar de centrarle en el ámbito seguro de los animales, lo convirtió en un arma: le enseñó a ser cauto y meticuloso, le entrenó para canalizar su deseo sobre "aquellos que lo merecen", y le instruyó una serie de normas éticas, a las que Dexter se refiere como "el código de Harry": sólo asesinar asesinos, y hacerlo sin dejar rastro.





Dexter, la serie nacida de los libros de Jeff Lindsay publicados en España por Umbriel Editores, narra en primera persona el día a día de un asesino en serie. En la serie abunda la locución en primera persona: para explicar con el código ético, para describir la lógica interna, y para revelar que el oscuro pasajero no es una entidad con voz propia, sino un apetito. Vamos en un barco con un motor primordial, el matar, que sólo bascula impulsado por la discreción: fingir empatía, falsear gestos, airear sonrisas mecánicas, responder matemáticamente frases comunes. Dexter es un sociópata; no tiene noción de las normas sociales: ni los saludos, ni las emociones, ni las leyes. Un perfil donde todo lo que no es matar está condicionado por el disimular que se mata.

Las audiencias españolas para la serie que publica formula.tv muestran una media de 775.000 especta-

**La figura del asesino en serie ha alcanzado plena aceptación, en toda su peculiaridad, en la cultura popular**

dores, y capítulos que superan el millón y medio. En Estados Unidos, tiene el récord de audiencia del canal Showtime, donde se emite. Una serie centrada en un sociópata asesino cuenta hoy con aprobación mayoritaria.

La situación es muy chocante cuando se pone en paralelo con la película *Henry: retrato de un asesino* (John McNahughton, 1986), que armó un gran revuelo a finales de los ochenta. La película tardó cinco años en estrenarse: obtuvo clasificación de película pornográfica en Estados Unidos; en Inglaterra sólo se pudo proyectar después de censurar 62 segundos, y no se comercializó una versión íntegra hasta el 2003; en Finlandia, Islandia y Nueva Zelanda, directamente, la prohibieron.

*Henry...* llegó a salas justo a tiempo para dar paso a la cinta que cambiaría radicalmente las tornas: *El silencio de los corderos* (Jonathan Demme, 1991), la tarjeta de presentación para el gran público de Hannibal Lecter VIII. El personaje de las novelas de Thomas Harris mataba a personas, enviaba mensajes cifrados para que asesinos en activo hicieran el trabajo sucio y comía carne humana. Todos estos argumentos no impidieron que el público empatizara con este siquiátrico psicópata: Anthony Hopkins ganó el Oscar a la mejor interpretación masculina pese a que sólo aparecía en dieciséis minutos del metraje, la intervención más breve en la historia de los premiados.

El horror de Lecter tomaba un cariz nunca visto gracias a un componente decisivo: Aníbal el canibal es un hombre civilizado. Más aún,

de gusto refinado. Le apasiona el arte clásico, tiene una titulación superior, reconoce perfumes con un leve rastro, valora la manufactura de los zapatos, introduce menús exclusivos para evitar la comida de avión. Cuando destripa a sus vigilantes, lo hace al ritmo de las *Variaciones Goldberg* de Johann Sebastian Bach. Cuando come hígado humano, lo acompaña de habitas y vino italiano. Todo de lo mejor. Viola las normas más elementales, pero lo hace mezclando la brutalidad homicida con la excelencia en el gusto y las maneras.

El criminal de guante blanco manchado de sangre cortocircuita los lugares selectos y la barriada. El protagonista de *American Psycho* —otro asesino en serie de ficción con nutrida controversia— era un bróker millonario que desarrollaba su obsesión alrededor de la vida nocturna, las drogas y la música pop; el lujo moderno y ostentoso. La misma directriz homicida, dispuesta alrededor del recogimiento y el clasicismo, es recibida de una manera radicalmente distinta. El instituto americano del cine votó en el 2003 a Lecter como el villano más memorable de la historia del audiovisual.

Este es el cambio realmente sustancial: Harry era un enfermo, Lecter era un villano, Dexter es un héroe protagonista. Entre la alarma social del Harry y el éxito *mainstream* de Dexter hay un giro completo en tiempo récord. Un cambio cuyo ingrediente principal es la civilización.

El criminal que come hígado aderezado se transforma en un respetable sibarita. El horror, evidente en *Henry*, se convierte en celebrable cuando tiene una misión de

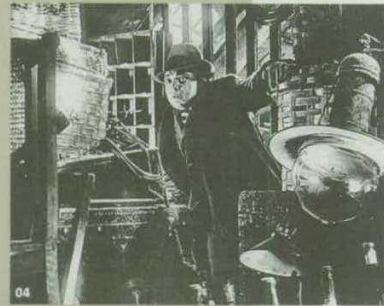
**La serie 'Dexter' se inspira en los libros de Jeff Lindsay publicados en España por Umbriel Editores**

refinamiento: Lecter eliminaba al preso que manchó a Clarice Starling, Dexter liquida a criminales perseguidos. Exterminan lo vil, lo chabacano, lo grosero. Curiosamente, Harry y Dexter se presentan en dos imágenes simétricas: el primero se miraba al espejo, mal afeitado, con una sucia camiseta de tirantes; el segundo desayuna en un apartamento impecable, aunque cada gesto es el eco de un crimen. Dexter es admitido por el gran público porque es un chico formal. El horror del crimen humano se purifica con la búsqueda de la exquisitez. Como decía el distinguido psicópata de cómic Sebastian O, "sólo se deben cometer actos de alta traición vestidos con las mejores galas". La vistosa secuencia de los asesinos en serie muestra que el paso de lo abyecto a lo afín se basa en la distinción. |

## El espejo del mal

Un asesino anda suelto por las calles de Berlín. Se llama Hans Beckett, pero lo conoceremos por esa M que sus perseguidores le estampan en la espalda. El asesino, magistralmente interpretado por Peter Lorre, es un ser inquietante, aunque lejos de la aparente seguridad de tantos otros *killers* que ha dado la pantalla desde entonces: inquietante en su propia fragilidad, podríamos decir. Estamos hablando del protagonista de *M*, de Fritz Lang, una vieja película de los años treinta. Beckett hace todas esas cosas espantosas que hacen los asesinos en serie: matar a personas, por ejemplo. En su caso, niños. Pero, además de matar, se erige como el espejo de toda una sociedad enfrentada a sus fantasmas de muerte que el asesino agita con su existencia, algo que no suelen ofrecer esos otros *killers* actuales homologados por el cine y la televisión. Ellos son una excepción, inclasificables, por encima del bien y del mal. Y eso con *M* no pasa porque la sociedad lo persigue. Con saña. La policía primero, como es evidente, y en esa persecución agita las aguas más o menos tranquilas de la criminalidad establecida de Berlín, lo que lleva a que el crimen organizado se organice más todavía para intentar cazar al asesino. Y mediante esa caza, y gracias a la cámara de Fritz Lang, subimos a los despachos oficiales del poder, nos acercamos a los patios de juegos de los niños y hurgamos en los bajos fondos de la ciudad. Al criminal se le teme, pero también la sociedad responde como un todo a su amenaza. Lang, un director respetado en aquellos años, quizá el más famoso director de la Alemania nazi, debutaba con *M* en el cine sonoro. Pero lejos de verse encorsetado por el nuevo sistema, por las ataduras de los grandes micrófonos, sigue investigando en los movimientos de cámara y en el montaje. Poco después del estreno del filme, Lang huiría del terror nazi. En *M* consigue crear una sensación de agobio social —de espanto—, con el tiempo, se ha visto como un signo de todo lo que después vendría, su huida, la desesperación del momento, la guerra anunciada. Pero más que en eso, que está ahí, sin duda, vale la pena fijarse también en ese *asesino espejo* que encarna Lorre: ese al que toda la ciudad teme. Y persigue. Trabajando todos juntos, como un solo hombre. Desde los despachos de la ley, los patios de

vecinos o en la oscuridad de los sótanos del crimen: una sociedad amenazada y, por tanto, unida en su miedo, a veces sin saberlo. No descubrimos nada si decimos que ese M es finalmente atrapado y llevado a juicio, aunque en unas circunstancias bien especiales. Ahí, frente a sus jueces, que no son los de la toga, el asesino habla, se expresa. Se muestra a sí mismo: es el mal articulado en palabras. Cosa que se echa de menos en el modelo de criminal todopoderoso que desde hace un tiempo manda en las pantallas. Porque ese mal, ese mal silencioso que ahora impera, deja de ser humano y, por



tanto, comprensible. Quizá su encarnación más depurada hasta el momento ha sido el asesino que encarnaba Javier Bardem en *No es país para viejos*, de los hermanos Coen. El no habla: actúa. Es decir, mata. Es el ángel exterminador que no necesita del verbo, porque el verbo debilita. Lorre, como Beckett, habla, ¡vaya si lo hace!, en un parlamento que haría mundialmente famoso al actor. Véanlo: es el mal intentando justificarse en medio de un juicio, que es el juicio de todos.

En definitiva *M* habla de un asesino, sí. Lo muestra. Y lo explota como tal. Pero también es el asesino en medio de una sociedad espantada, y que de ese espanto saca fuerzas para enfrentar ese mal y luego para juzgarlo. Uno está tentado de ver en *M* la cara de una sociedad de la que, poco después, el mismo Lang nos enseñaría su cruz, ya instalado en Hollywood. Esa cruz es la sociedad enloquecida, convertida a su vez en asesina, como la que mostró en *Furia* (1936), cuando la sociedad se convierte en masa, la masa en multitud y la multitud en turba: el asesino sin rostro.

**SALVADOR LLOPART**

**'Dexter'**  
 Producida por la cadena de televisión estadounidense Showtime. La primera temporada se basaba en 'El oscuro pasajero', novela escrita por Jeff Lindsay, creador del personaje. Hasta el momento se han realizado cuatro temporadas. Las tres primeras, en DVD en España.

Entre la alarma social que crea Harry (3) y el éxito popular de la serie 'Dexter' (1) hay un giro completo en tiempo récord. Un cambio cuyo ingrediente principal es la civilización, un toque de distinción al asesino en serie que aporta el inquietante Hannibal Lecter (2), de 'El silencio de los corderos'. El asesino de 'M' (4) es otra cosa: el juicio a la propia sociedad cuando debe enfrentarse al mal